

LÍNEA DE FUGA

1937 me quiere muerto. Han pasado 11 meses. 11 meses de lucha contra los franquistas. Aquí en Madrid, como en todas partes del país, nuestras vidas no son más que fuego, armas y violencia. Los cuerpos se amontonan a lo largo de las calles. Esta mañana, la atmósfera es pesada. Es verano. Hace calor. Me estoy sofocando. Estoy escondido detrás de barriles, que actúan como barricadas. Las alarmas resuenan por toda la ciudad. Gritos, llantos. Mientras luchamos por nuestras vidas, otros nos miran desde su ventana. Como ese hombre que pinta, que parece tranquilo, en su balcón. Tengo miedo. No quiero ir. No puedo ir. Pero me lanzo en el campo de batalla, pasando de edificio en edificio. Los latidos de mi corazón resuenan al ritmo de las bombas. Mis manos están sudando. No podré hacerlo. En mis hombros, mi rifle y mis ansiedades. ¿Podría alguien borrar de mi mente todos estos horrores? ¿Poner fin a esta desgracia? De repente se oye un ruido ensordecedor. El edificio en el que estoy escondido se está derrumbando. Mientras intento escapar, y las piedras siguen cayendo, veo a este hombre, en su balcón, siempre tranquilo.

Recibo un golpe. Es el final. Voy a morir, lo sé. Y luego solo silencio. No oigo nada. Miro a mi alrededor: las piedras permanecen suspendidas en el aire. Entonces algo se apodera de mí. Soy deportado fuera de la ruina por una fuerza indescriptible. Ya no controlo mi cuerpo. ¿Será la muerte que viene a verme? Todo es blanco, como vacío, casi incierto. Solo unas pocas líneas se dibujan en el horizonte. Las de las calles abolladas y la línea del frente. Me gustaría irme, escapar de esta realidad. ¿Dónde está la línea de fuga? Todo está borroso. El paisaje carece de perspectiva. Mi piel parece garabateada, arrugada como una hoja. Polvo negro carboncillo se propaga sobre mi cuerpo. Me siento espiado desde todos los ángulos. Mi piel me hace cosquillas: primero el cuello, el vientre y luego todo mi cuerpo. Lentamente, alrededor mío el paisaje toma forma. Aparecen colores. Los edificios se mueven, las bombas se detienen en pleno vuelo, los aviones se congelan... Creo que me estoy volviendo loco. Es entonces cuando siento un olor a pólvora, diferente al de los cañones. Miro mis manos. No peleo, pero tengo sangre en los dedos, de un rojo intenso. El calor es abrumador, pero mi piel se agrieta como el hielo. Tengo que levantarme o me matarán... Pero imposible, estoy oprimido por capas espesas. Me siento pesado, paralizado. Estoy como congelado, incapaz de levantarme. Siento que mi alma me deja. En un último aliento, levanto los ojos y entonces lo veo. Este hombre me mira desde su balcón. Él es la causa de mi malestar, de mi sufrimiento, de mi muerte... Levanta el brazo y lanza su último golpe.

El hombre se aleja del caballete para dar un paso atrás. Limpia sus pinceles, guarda su acrílico. Era el último toque de pintura. «Terminado», dice el pintor.